

---

## LA NUEVA VULNERABILIDAD: AHONDANDO EN LAS DIFERENCIAS

LUCRECIA BURGES CRUZ

La pandemia que estamos viviendo ha puesto de manifiesto que somos muy vulnerables. La enfermedad, el virus, nos afecta a los seres humanos en todas y cada una de nuestras dimensiones vitales. Podríamos abordar la repercusión que está teniendo desde distintos ámbitos, perspectivas y líneas de investigación y reflexión en la filosofía moral. Tratándose de un ensayo breve en esta publicación, *Ludus Vitalis*, cuyos intereses giran en torno a la filogénesis humana, partiremos de la imbricada relación que mantienen los sistemas de herencia orgánico y supraorgánico en la evolución de nuestra especie, esto es, los procesos que conocemos como evolución biológica y evolución cultural. Lo que pensábamos en torno a la relación entre ambos en las llamadas *sociedades desarrolladas* ha sufrido un vaivén considerable debido a la crisis sanitaria. Veamos por qué.

La evolución biológica, o sistema de herencia orgánico, se deriva de las tesis evolucionistas enunciadas por Wallace y Darwin y se define, habitualmente, como un cambio en la frecuencia de los alelos de una población a lo largo de las generaciones. Dicho cambio puede ser provocado por distintos mecanismos evolutivos, tales como la selección natural, la mutación, la deriva genética, la migración o el flujo genético. La evolución biológica se transmite a través de un mecanismo que conocemos como herencia biológica. En nuestra especie, esta es muy similar a la de cualquier otro organismo vivo que se reproduzca sexualmente. La información genética codificada en el ADN se transmite de una generación a la siguiente a través de las células sexuales. La evolución cultural, o sistema de herencia supraorgánico, se da en nuestra especie porque los seres humanos transmitimos, además de la herencia biológica, una herencia cultural. Entendemos por evolución cultural el cambio en los elementos culturales de una sociedad a lo largo del tiempo. La evolución cultural depende de la herencia cultural, y ésta se vale de mecanismos de transmisión de las enseñanzas, la imitación y la asimilación. Se promueve a nivel horizontal y vertical, esto es, no necesita del lapso temporal de una generación para implementarse, ni necesariamente viene dada de padres a hijos. Aprendemos, imitamos y

asimilamos los conocimientos de nuestros mayores, padres y maestros y, en igual medida, de nuestros iguales, hermanos, amigos, compañeros. Eso ha hecho que en las últimas décadas hayamos considerado a la evolución cultural un proceso de adaptación mucho más eficiente que el de la evolución biológica. ¿Por qué? Por ser dirigida y por ser más rápida. Esto es, por tener la capacidad de extenderse potencialmente a toda la humanidad en menos de una generación. Además, porque las mutaciones, los cambios, son diseñados, descubiertos y/o inventados con una frecuencia muy alta y también por ser cumulativa, pues las nuevas adaptaciones no requieren remplazar a las antiguas.

En el año 2020, un virus nuevo ha puesto en jaque, ha cuestionado, la relación entre ambos procesos. El virus, popularmente conocido como *Covid-19*, producto de los procesos propios de la evolución biológica, se extiende velozmente, infectando a las poblaciones humanas distribuidas a lo largo y ancho del globo terráqueo. Sin tener en cuenta las fronteras y sin distinguir entre sexos, etnias, razas, clases, estratos económicos, sociales o culturales, el virus golpea a nuestra especie, situada hasta este momento, de manera alta, en el vértice superior de la pirámide evolutiva. No distingue a la hora de infectar. Todos somos susceptibles de contraer el virus y enfermar.

Sin embargo, aun sin distinguir, ahonda en las diferencias previamente establecidas, expone virulentamente su alcance y nos sitúa en el epicentro de una *nueva* vulnerabilidad. A nivel social y cultural el virus se ceba con los más desfavorecidos, y acrecienta las diferencias. Hace, si cabe, más vulnerables a los que menos recursos tienen. Precariza, todavía más, las condiciones de vida de los más débiles y necesitados. Esto es, invariablemente, mujeres, mayores y niños.

Los efectos devastadores del virus hacen que, por un tiempo, se dibujen las esferas y se promueva el cuidado como lo que es, la actividad esencial. Porque si algo ha puesto de manifiesto esta pandemia es, precisamente, la importancia, la relevancia del cuidado, de los cuidados, si se prefiere. Actividad básica, necesaria, *la que teje la trama*<sup>1</sup>, que debiera ser reconocida, universalmente, como central.

¿Qué debemos aprender de la presente crisis sanitaria?

En nuestra opinión, para tratar de paliar esta *nueva* vulnerabilidad —eufemismo que pretende redundar, básicamente, en que se trata de una doble vulnerabilidad, o una vulnerabilidad agravada— debemos abordar las relaciones desde un enfoque distinto. Desde una óptica que cuestione y resitúe la relación entre el sistema de herencia orgánico y el supraorgánico, el sistema reproductivo y el productivo. Que no prime el criterio de producción como la premisa máxima y única. A nuestro juicio, debemos situarnos en un plano que termine con la dualidad dicotómica propia de la tradición filosófica occidental que ensalza determinados valores mora-

les, aquellos asociados típicamente al varón en nuestra especie, esto es, las categorías de abstracción, universalidad y razón, que evidentemente no son ni propios ni exclusivos de éste, sino de los seres humanos, mujeres y varones. Debemos también, por el mismo motivo, recuperar y otorgar el reconocimiento que merecen los valores morales tradicionalmente ligados a las mujeres, como el altruismo, la empatía o la solidaridad, tan necesarios en la construcción de un futuro mejor para todos.

Debemos, a nuestro modo de ver, iniciar repensando las categorías y las relaciones de poder establecidas antes de la presente crisis sanitaria. Tenemos que empezar a deconstruir y reconstruir nuestra relación con el ecosistema, en el nivel de las relaciones entre esos procesos de evolución biológica y cultural. Dejemos de lado el antropocentrismo y el androcen-trismo. Desdibujemos las dicotomías. Acabemos con la delimitación de las esferas, público-privada, productiva-reproductiva. Retomemos la máxima feminista de la segunda ola: *"Lo personal es lo político"*. Debemos partir de un enfoque monista-holista que enmarque y valore los trabajos directamente relacionados con la cría y el cuidado, aquellos trabajos esenciales en nuestra constitución como personas y como especie. *Desde y en lo que* conocemos como ámbito público: centralmente.

NOTA

1 Carlos Paris acuñó esta descripción con relación al llamado *trabajo doméstico* en su escrito de 1989, "Patriarcado y pensamiento filosófico occidental".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agra, M. X. (2013), "Vulnerabilidad, injusticias y cuidados" en M.L. Boladeras (ed.) *Bioética: justicia y vulnerabilidad*, Barcelona: Proteus, pp. 49-82.
- Ayala F. J. (2009), "What the biological sciences can and cannot contribute to ethics", in F. J. Ayala & R. Arp (eds.), *Contemporary Debates in Philosophy of Biology*, Oxford: Wiley-Blackwell.
- Cela Conde, C. J. (2005), "Did evolution fix human values?" In Changeux, Damasio and Singer (eds.), *Neurobiology of Human Values* NY: Springer.
- Damasio, A. (1994), *Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain*, NY: Pan MacMillan.
- Darwin C. (1871), *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. London: John Murray.
- Guilligan C. (1982), *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Hrdy, Sarah B. (1981), *The Woman that Never Evolved*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Hubbard, Ruth (1990), *The Politics of Women's Biology*. London: Rutgers University Press.
- Jaggar, Alison M. (2000), "Ethics naturalized: feminist contribution to moral epistemology", *Metaphilosophy* 31(5): 452-468.
- Miller G. F. (2007), "Sexual selection for moral virtues", *Quarterly Review of Biology* 82: 97-126.
- Paris, Carlos (1989), "Patriarcado y pensamiento filosófico occidental", en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, vol. 1: 271-290.
- Puleo, Alicia H. (2017), "Perspectivas ecofeministas de la ciencia y el conocimiento. La crítica al sesgo antro-anthropocéntrico", *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 6: 41-54.
- Ramírez-Goicoechea, E. (2001), "Antropología 'compleja' de las emociones humanas", *Isegoría. Revista de Filosofía Moral* 25: 177-200.